

DICHOS DE LOS PADRES DEL DESIERTO

Algunos conocidos y otros inéditos

Introducción, selección y traducción italiana
desde las lenguas originales de
SABINO CHIALÀ Y LISA CREMASCHI,
monjes de Bose

Versión castellana de
MARÍA JESÚS GARCÍA GONZÁLEZ

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2024

La traducción de esta obra ha sido financiada por el
SEPS - Segretariato Europeo per le Pubblicazioni Scientifiche



La traducción de esta obra ha sido financiada por el
SEPS - Segretariato Europeo per le Pubblicazioni Scientifiche

Via Val d'Aposa 7 - 40123 Bologna
seps@seps.it - www.seps.it

Tradujo María Jesús García González
del original italiano *I Padri del deserto, Detti editi e inediti*

© Edizioni Qiqajon, 2002

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2024

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2231-8

Depósito legal: S. 375-2024

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
1. Escuchar y poner en práctica	19
2. Conocimiento y discernimiento	37
3. En la tentación y en la conversión	43
4. Comenzar y esperar	51
5. El cuerpo y el corazón	55
6. Violencia y gracia	63
7. Renuncia y negligencia	73
8. Alejamiento y desinstalación	83
9. Celda y mundo	89
10. Soledad y comunión	93
11. Silencio y palabra	105
12. Ayunar y devorar	111
13. Hospitalidad y honores mundanos	115
14. Oración e hipocresía	121
15. El trabajo y sus límites	131
16. Obediencia y libertad	137
17. Compunción y acedia	149
18. Mentira e indulgencia	153
19. Perdón de las ofensas y olvido	165
20. Discernimiento y juicio al otro	171
21. No despreciar, sino curar	181
22. Santos y pecadores	187
23. Sabiduría y locura	197
24. Los monjes y los demás	205
25. Humildad y misericordia	213
<i>Abreviaturas y referencias bibliográficas</i>	225
<i>Índice de dichos</i>	229
<i>Índice general</i>	235

INTRODUCCIÓN

Tras la muerte de Antonio, los cristianos egipcios se sintieron huérfanos. Atanasio, en la *Vida de Antonio*, cuenta que Dios les había dado a este hombre como médico y padre: «En una palabra, Dios le había concedido ser el médico de Egipto. ¿Quién se acercó a él afligido, y no regresó alegre? ¿Quién se acercó a él llorando por sus muertos, y el luto no desapareció al instante? ¿Quién se acercó airado, y no se convirtió en amigo? ¿Quién, afligido por la pobreza, tras oírlo y verlo, no despreció las riquezas y recibió consuelo por su pobreza? ¿Qué monje tibio se acercó a él, y no fue fortalecido? ¿Qué joven se acercó a la montaña y, al contemplar a Antonio, no renunció rápidamente a los placeres y amó al momento la templanza? ¿Quién se acercó a él atormentado por el demonio, y no fue liberado? ¿Quién se acercó a él preocupado por sus pensamientos, y no regresó con la mente serena? ¡Y esto era lo grande de la ascesis de Antonio, que, como ya he dicho, teniendo el don de discernir los espíritus, conocía sus movimientos y la pretensión de sus insidias! No solo no se veía burlado por estos, sino que también enseñaba a los que eran molestados con pensamientos cómo rechazar sus trampas, mostrando las astucias que utilizaban y sus debilidades. Todos los que le visitaban, como ungidos por él, marchaban llenos de coraje contra las intenciones del diablo y de sus demonios... Ahora, tras su muerte, todos, como huérfanos de padre, encuentran consuelo solo con su recuerdo, guardando sus advertencias y exhortaciones»¹.

1. Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio* 87, 3–88, 3, Ciudad Nueva, Madrid 1995, 120s.

También las *Vidas* de Pacomio, fundador del monacato comunitario, cuentan que los hermanos, al volver de la montaña donde lo habían enterrado, decían: «Hoy nos hemos quedado huérfanos»².

Esto fue lo que experimentaron muchos creyentes, monjes y no monjes, ante la muerte de los abbas³ del desierto egipcio: un sentimiento de orfandad, de privación de quienes los habían engendrado en el Espíritu y los habían guiado hacia el encuentro con el Señor. Para superar la ausencia física de sus padres espirituales, mantenían vivo el recuerdo de su persona, de sus actos, de sus palabras. Así ocurrió con Pacomio y con Antonio, y también más adelante, durante el siglo V, cuando, tras una serie de acontecimientos adversos, finalizó el periodo más floreciente del monacato egipcio. Repetidas incursiones de los bárbaros⁴, una grave decadencia moral y el lamentable conflicto origenista⁵ provocaron la fuga de centenares de monjes, que encontraron refugio en Constantinopla, junto a Juan Crisóstomo, o en Palestina, tierra predilecta de los monjes.

Tal vez fue en Palestina, región en la que convivieron monjes de diversas nacionalidades y tradiciones eclesiales, donde se tomó conciencia de que había finalizado un periodo de la vida monástica y que urgía recopilar su legado espiritual antes de que este se perdiera. Es verdad que en todas las generaciones cristianas hay personas espirituales, padres pneumatóforos; pero también lo es que se dan épocas en las que resulta rara la

2. *Vida sahídica séptima*, citado en L. Cremaschi (ed.), *Pacomio e i suoi discepoli. Regole e scritti*, Bose 1988, 194.

3. El término *abba*, tomado del Nuevo Testamento, designa al «padre espiritual»; *amma*, a la «madre». La forma *abbi* significa «padre mío».

4. El centro monástico de Escete fue destruido por primera vez por los maxies, procedentes de Mauritania, en el año 407, y por segunda vez en 444. Después de estas incursiones, la vida en soledad se volvió extremadamente arriesgada, así que los monjes se agruparon para vivir en monasterios.

5. En el año 400, un sínodo de Alejandría condenó a los seguidores de Orígenes. Una multitud de monjes fanáticos invadió Nitria, prendió fuego a las celdas de los monjes, mató a muchos y obligó a los demás a huir. Más de trescientos monjes se refugiaron en Palestina, mientras que la mayoría continuó hasta Constantinopla.

palabra de Dios, en las que el ministerio de la paternidad espiritual parece desaparecer, o no se ejercita porque nadie se reconoce como hijo y desea escuchar palabras de vida⁶. Así pues, a quien busca ayuda en el camino espiritual las palabras de los padres antiguos, celosamente conservadas, le ofrecen su sabiduría siempre actual, porque se dirigen a lo más profundo del ser humano, al corazón, que lleva grabada la imagen de Dios Padre, quien en todo tiempo y lugar trata de despertar una vida a su imagen y semejanza.

En el siglo V, en Palestina, se comenzó a poner por escrito varias colecciones de dichos, y muy pronto se tradujeron selecciones de estos textos –con frecuencia añadiendo apotegmas autóctonos– al copto, al sirio, al latín, al armenio, al etiópico y al árabe. Pero los dichos ya tenían una larga historia de transmisión oral. Nacieron como palabras pronunciadas por un *abba*, es decir, un padre, llamado también «anciano» (en griego, *ghéron*) no por su edad biológica, sino por su madurez espiritual. Estas palabras fueron pronunciadas en un contexto determinado; eran el «don» del padre a una pregunta de un discípulo concreto y, por tanto, estaban profundamente ancladas en la realidad, en la historia y en las posibilidades de quien había planteado la pregunta. Por eso no debe sorprendernos encontrar en las colecciones dichos que se contradicen entre sí. El dicho no es una regla que valga igual para todos: a un discípulo se le responde una cosa, mientras que a otro se le responde otra distinta, adaptada a su camino de fe. Si en la vida comunitaria el novicio debe aprender durante los años de formación a hacer suya la regla, a vivirla y a ajustar a ella su camino, entre los monjes del desierto la formación se realiza exclusivamente a través de las palabras del anciano, es decir, a través de la paternidad espiritual.

6. Decía abba Félix: «Ya no hay palabra. Antes, los hermanos consultaban a los ancianos y llevaban a la práctica lo que les decían, y por eso Dios ponía palabras en boca de los ancianos. Pero como ahora los hermanos preguntan y no hacen lo que escuchan, Dios ha retirado su gracia a los ancianos y estos ya no saben qué decir, puesto que no hay quien ponga por obra» (*Alf.*, Félix; cf. *infra*, 23).

¿Cómo se ejercía en concreto la paternidad espiritual? Los padres del desierto trataban de vivir en obediencia a la palabra de Dios, pero sabían que esta palabra se encarna: no basta con leerla en un libro, hay que recibirla de los hermanos, leerla en la vida de los hermanos; hay que entrar, pues, en la Iglesia, en la comunidad de los discípulos del Señor que, con humildad, conscientes de su pecado y sus carencias, procuran encarnar en su existencia concreta la palabra divina. Por eso, aunque no tenían una regla escrita, los padres del desierto podían decir: «Visitar a los ancianos es la regla de los antiguos padres»⁷, como respondió un monje a un discípulo que le había preguntado si era más conveniente consultar a los ancianos que dedicarse a rezar en soledad.

Convencidos de que necesitaban esta ayuda fraterna, es decir, ver en los hermanos una exégesis viva de la palabra de Dios, los discípulos de Antonio preguntaron a su abba: «Dinos una palabra: ¿qué debemos hacer para salvarnos?». El anciano les dijo: «¿No escucháis la Escritura? ¡Ella os enseña lo que os conviene hacer!». Ellos replicaron: «Pero queremos escucharlo de ti, padre»⁸. Otros padres del desierto sugerían también: «Ve, júntate con un hombre que tema a Dios y quédate con él, y te enseñará a temer a Dios»⁹.

En compañía de un hombre de Dios, de un creyente que se ha dejado regenerar por la Palabra, el discípulo aprende a tener temor de Dios, ese temor que es *principio de sabiduría* (Prov 1, 7), y aprende el arte de la lucha contra todo lo que puede desviarle del servicio al único Señor. El padre espiritual, el abba, sostiene y guía a su hijo espiritual introduciéndolo en la lectura asidua de las Escrituras y enseñándole constantemente a obedecer a la Palabra. Porque: «La ascesis del monje consiste en meditar las Escrituras y cumplir los mandamientos de Dios. El monje que no se entrega a estas cosas está deforme»¹⁰.

7. N 613 (cf. *infra*, 22).

8. *Alf.*, Antonio 19 (cf. *infra*, 59).

9. *Alf.*, Poimén 65 (cf. *infra*, 24).

10. Hiperequio, *Consejos a los ascetas* 4, en L. Cremaschi (ed.), *Parole dal deserto. Detti inediti di Iperechio, Stefano di Tebe e Zosima*, Magnano 1992, 19.

La Palabra es, por tanto, lo que da forma a la vida del cristiano. Esa imagen de Dios depositada en todos los seres humanos y oscurecida por el pecado y la desobediencia se redescubre y se saca de nuevo a la luz mediante la lectura asidua de la palabra de Dios. En la *lectio divina*, la lectura orante de la Escritura, el creyente se pone en las manos de Dios para que lo moldeen, para que lleven a plenitud la obra que el Señor inició, conduciéndolo a hacerse uno con la perfecta imagen del Padre, que es Cristo.

El abba del desierto ejerce una auténtica paternidad en nombre de Dios, alentando a su discípulo a vivir según el Espíritu. No es un director espiritual ni imparte lecciones intelectuales, sino que es un padre que engendra hijos para Dios, que orienta al discípulo hasta el umbral del encuentro con Dios, compartiendo las dificultades y el sufrimiento de quien busca la voluntad divina para su vida. En algunos casos se trata de una gestación larga, durante la cual hay que saber esperar con paciencia, respetar el crecimiento humano y espiritual del discípulo, y acompañarlo en este camino hasta que él mismo aprenda el arte del discernimiento de espíritus, se habitúe a reconocer, entre las numerosas voces que hablan a su corazón, la voz del Señor. El anciano sabe aguardar a veces largo tiempo en silencio, sabe adaptarse a la medida del hermano, incluso aunque él ya sepa lo que arde en el corazón del aprendiz de monje. Un día –se narra en los *Dichos*– un discípulo, consolado y alentado por la paciencia de su abba, después de frecuentes visitas y conversaciones aparentemente inútiles, encontró por fin la valentía de abrirle su corazón y manifestarle sus pensamientos. Y entonces el abba le dijo: «¿Por qué te ha dado vergüenza durante tanto tiempo hablarme de ello? ¿Acaso no soy yo también un hombre?»¹¹.

Las palabras de los padres, celosamente conservadas, fueron utilizadas después en otras ocasiones. Cuando daban respuesta a las consultas de sus hijos espirituales, los ancianos se remitían a las palabras de los grandes abbas que los habían precedi-

11. N 509 (cf. *infra*, 25s).

do. Estos dichos, repetidos de generación en generación, llegaron a ponerse por escrito¹². Se formaron entonces dos grandes colecciones: la alfabética y la sistemática¹³. En la primera, los dichos se recogen y clasifican en orden alfabético bajo el nombre de los grandes padres; tras ellos se incluye en los manuscritos una serie más o menos larga de dichos anónimos. Por su parte, la colección sistemática clasifica los dichos por temas; se trata de una colección más tardía, que apareció cuando se sintió la necesidad no ya de buscar las enseñanzas de un solo padre, pues ya se conocían, sino de una doctrina espiritual sistemática para uso de las comunidades monásticas. Existen asimismo varias colecciones que utilizaron en parte el material de las otras dos que acabamos de mencionar y le añadieron material nuevo. Cada vez que un copista reproducía una colección, se sentía con derecho a insertar nuevos documentos. Así nacieron los *Pateriká*, traducciones de los dichos a diversas lenguas con modificaciones y añadidos¹⁴.

Nuestra antología ofrece una amplia muestra de este riquísimo material. Hemos espigado textos de todas las colecciones (griegas, latinas, siríacas, armenias, coptas y etiópicas) y los hemos dispuesto de una manera diferente a la habitual: en vez de seguir el orden alfabético o temático, presentamos los dichos por temas confrontados, con el fin de poner de relieve su naturaleza «apotegmática». Como ya hemos señalado, los dichos de los padres no articulan una doctrina sistemática, ni son un conjunto de reglas de vida espiritual válidas para todos, sino palabras ajusta-

12. Sobre el origen de los dichos puede verse la introducción de J. C. Guy en *Les apophtegmes des Pères. Collection systématique, chapitres I-IX* (SC 387), Paris 1993, 18-35. En español puede verse *El libro de los ancianos: Cuadernos Monásticos* 192 (2015) 43-86.

13. En italiano: L. Mortari (ed.), *Vita e detti dei padri del deserto*, Roma 1975; Padres del desierto, *Detti*, ed. de L. Mortari, Roma 1980. En castellano: *Apotegmata. Los apotegmas de las madres y los padres del desierto* (colección alfabética), ed. de E. de Elizalde, Paulinas, Buenos Aires 1986; P. Enrique Contreras (ed.), *Libro de los ancianos* (colección sistemática griega), Monasterio de Santa María de Los Toldos, Buenos Aires 2015-2018, disponibles también en: *Cuadernos monásticos* 192-206 (2015-2019).

14. L. Cremaschi (ed.), *Detti inediti* (ms. Coislin 126), Bose 1986.

das a la existencia concreta *hic et nunc* de individuos reales que pedían una palabra de sabiduría capaz de orientarlos en su camino particular. Con esta sistematización creemos hacer justicia a ese espíritu propio de los *Dichos*, que ciertamente aparecen ante nosotros como teselas de un mosaico que se complementan, de modo que solo contemplados en conjunto pueden ofrecer a los ojos del lector una imagen única. Pero se complementan también en el sentido de que se corrigen mutuamente: cada dicho es un límite de otros. La exaltación de la Escritura se pone en contraste con la práctica, el conocimiento con la ignorancia, la experiencia de las tentaciones con la exigencia de la conversión, el comenzar de nuevo a cada momento con la esperanza de un mañana pleno, la necesaria lucha contra el cuerpo con el amor al cuerpo y el combate del corazón, la violencia con la gracia, la renuncia con la negligencia, la huida del mundo con la inestabilidad, etc. Solo hay dos realidades de la vida espiritual en las que los padres no ven limitación ni riesgo de desvirtuación: la humildad y el amor. Estas dos dimensiones son las únicas en las que el Enemigo no puede insinuarse para perturbar.

Los padres decían: «El diablo puede imitar todo lo que concierne al ayuno, porque él no come, y todo lo que concierne a la vigilia, porque que nunca duerme. Pero nunca podrá imitar la humildad y la caridad»¹⁵.

15. *Sist.* XVII, 32 (*infra*, 218s).

ESCUCHAR Y PONER EN PRÁCTICA

Para los padres del desierto, la Sagrada Escritura –y los dichos son un testimonio elocuente de ello– constituía la fuente imprescindible de inspiración para su vida como solitarios y como cristianos. Ignorarla, como enseña abba Epifanio, se considera «un gran precipicio y un profundo abismo». La Palabra es el alimento que la persona debe «rumiar» continuamente en su espíritu para impedir que el mal se apodere de su vida y de su corazón; o, como recuerda abba Juan, es la dulce lágrima que cae sobre el corazón endurecido hasta perforarlo.

Junto a la Palabra divina están también los escritos de los padres, que constituyen múltiples reflejos de esa misma Palabra, vasijas que la contienen y la transmiten. Su enseñanza –que no se separa nunca «de los mandamientos del Señor», como recordó abba Isaac cuando estaba a punto de morir– es necesaria al menos para quienes emprenden el camino de la soledad. Pero se trata de una enseñanza frágil, que se pierde cuando nadie la escucha de verdad: «Antes los hermanos consultaban a los ancianos y ponían en práctica lo que les decían, y por eso Dios ponía palabras en boca de los ancianos. Pero como ahora los hermanos preguntan y no hacen lo que escuchan, Dios ha retirado su gracia a los ancianos». Es una palabra que no se fija en rollos y pergaminos, sino en el rostro de quien la recibe; necesita ese rostro para expresarse y hacerse «paternal»: no hay maestro sin discípulo. Porque con frecuencia los padres no ofrecen más que un sencillo gesto, como recuerda abba Sisoës, a quien se le pidió una palabra: «Lo que ves, hazlo». De igual modo, no hay discípulo sin maestro: para que la lectura de

las enseñanzas de los padres llegue a iluminar los pasos de quien emprende un camino ascético, resulta imprescindible el contacto directo con un padre espiritual, como recuerda el largo dicho N 509. Un padre, por supuesto, que no sea un director de conciencias, sino un auténtico mayeuta que sepa extraer del corazón del discípulo la verdad que ya lo habita, convirtiéndose en un espejo o, mejor, un espacio donde esa verdad resuene para que alcance sobre todo los oídos del propio discípulo. También hay ancianos malvados y discípulos malvados; por ello los padres del desierto no dejan de sacar a la luz los riesgos de la paternidad espiritual, evitando así idealizarla.

También los malhechores y enemigos son vistos como hermanos y padres espirituales, es decir, portadores del Espíritu. Así los reconoce ese hermano fabricante de esteras que bendice las manos de quienes le han estado robando el fruto de su trabajo, porque con ello le «han enseñado a ser monje».

Pero toda esta rica enseñanza sirve de poco –afirman los dichos– si uno no «pone en práctica» la Palabra. El «esfuerzo» de la generación que ha «copiado los libros de los profetas» resulta baldío –como atestigua el dicho N 228– «porque los guarda, sin leerlos, en las estanterías». Lo decisivo, pues, no es el mero conocimiento intelectual de la Escritura, sino vivirla, aunque solo se la conozca parcialmente. Un hermano le pidió a abba Abrahán que le copiara un códice. Cuando terminó, el hermano le comentó que había omitido partes del texto. Entonces el anciano le respondió: «Vete y pon primero en práctica lo que está escrito; después vuelve y te escribiré lo que falta». De nada sirve saberse de memoria el Antiguo y el Nuevo Testamento si la Palabra que contienen no penetra «en los huesos y en la carne» de quien la medita y no da «fruto». Y el proceso hasta dar fruto abundante es, de hecho, el mismo que sigue la naturaleza: para que la semilla en la que se deposita la Palabra no quede infecunda, también debe estar dispuesta a desaparecer, a deshacerse, para convertirse en vida nueva y plena, y a menudo desconcertante. Es lo que vive quien, en un determinado momento del camino y precisamente en obediencia al Evangelio, vende hasta su libro de los evangelios: «Un hermano no tenía más posesiones que un evangelio, y lo vendió y dio la ganancia para

alimentar a los pobres». Al guardia que preguntó a abba Serapión: «¿Quién te ha despojado de tu vestimenta?», él, «mostrándole el pequeño evangelio, le respondió: ‘Este me ha desnudado’», y poco después vendió también ese «pequeño evangelio».

1. EL CAMINO DE LA ESCRITURA

Abba Epifanio decía: «Eficaz precaución para no pecar es la lectura de las Escrituras» [*Alf.*, Epifanio 9].

Abba Epifanio decía también: «Gran precipicio y abismo profundo es la ignorancia de las Escrituras» [*Alf.*, Epifanio 10].

Abba Epifanio decía también: «Pone en gran riesgo su salvación quien no conoce en absoluto la ley divina» [*Alf.*, Epifanio 11].

Un anciano decía: «Cada vez que alguien lee las divinas Escrituras, los demonios se llenan de temor» [SirBu I, 107].

Un anciano fue iluminado para ver las cosas que sucedían, y dijo: «En una ocasión, vi en un monasterio a un hermano meditando en su celda. Y he aquí que llegó un demonio y se detuvo fuera de la celda. Mientras el hermano meditaba, el demonio no podía entrar, pero cuando dejaba de meditar, entonces entraba en la celda y le hacía la guerra» [N 366].

Le preguntaron a un anciano: «¿Es bueno recurrir a las divinas Escrituras?». Él respondió: «La oveja se alimenta de los buenos pastos que le proporciona el pastor, pero también come lo que encuentra en el desierto. Cuando siente su boca arder porque ha comido las espinas del desierto, rumia la hierba; entonces su boca se endulza y no siente ya la savia de las espinas. Así le ocurre también al hombre: cuando medita las Escrituras, se protege contra las insidias del demonio» [N 626].

Un anciano dijo: «Cuando te despiertes, lo primero que debes hacer nada más levantarte es dar gloria a Dios con tus labios. Entona himnos y salmos, porque tu alma va a moler durante todo el día, como una rueda de molino, el primer pensamiento

que arraigue en ella al amanecer, ya sea trigo o cizaña. Por eso has de procurar adelantarte a sembrar trigo, antes de que tu enemigo esparza cizaña» [N 592/43].

Abba Juan dijo: «Un día fuimos desde Siria a ver a abba Poimén para preguntarle sobre la dureza del corazón. El anciano no sabía griego y no encontrábamos intérprete. Sin embargo, al ver nuestra frustración, comenzó a hablar en lengua griega, diciendo: ‘La naturaleza del agua es suave, mas la de la piedra es dura. No obstante, si se cuelga sobre la piedra un recipiente del que gotee agua, poco a poco la va perforando. Del mismo modo, la palabra de Dios es suave y el corazón humano duro. Aun así, cuando el hombre escucha con frecuencia la palabra divina, su corazón termina abriéndose al temor de Dios’» [*Alf.*, Poimén 183].

Los ancianos decían: «Esto es lo que Dios pide a los cristianos: que obedezcan a las Sagradas Escrituras, porque en ellas encontrarán lo que deben decir y hacer; y que se encomienden a sus superiores y a los padres espirituales» [N 388].

2. LA ENSEÑANZA DE LOS PADRES

Un hermano preguntó a un anciano y le dijo: «¿Qué es mejor: visitar a los ancianos o vivir en soledad?». El anciano le contestó: «Visitar a los ancianos es la regla de los antiguos padres» [N 613].

Un hermano me contó que su padre, abba Soy, del monte Diyolikon, le había dicho: «Si el corazón de un hermano es asaltado por pensamientos, solo podrá expulsarlos por completo introduciendo en él una palabra de la Escritura o alguna palabra de los ancianos. Porque cuando el dueño de la casa entra en ella, los extraños que se habían colado salen huyendo» [EtiColl 13, 77].

Se cuenta de abba Isaac que, cuando estaba ya en su lecho de muerte, los ancianos se reunieron en torno a él y le dijeron: «¿Qué haremos, abba, cuando te hayas marchado?». Él respon-

ÍNDICE GENERAL

<i>Introducción</i>	9
1. ESCUCHAR Y PONER EN PRÁCTICA	19
1. El camino de la Escritura	21
2. La enseñanza de los padres	22
3. Los padres espirituales	24
4. Padres malvados y discípulos malvados	28
5. Poner en práctica la Palabra	31
6. ¡He vendido el evangelio!	34
2. CONOCIMIENTO Y DISCERNIMIENTO	37
1. Buscar a Dios y contemplar su rostro	38
2. Ignorancia y disciplina del arcano	39
3. ¡No quiero ver a Cristo en esta tierra!	41
3. EN LA TENTACIÓN Y EN LA CONVERSIÓN	43
1. La experiencia de la tentación	44
2. Origen de la tentación y eficacia de la gracia	47
3. Caminar en la conversión	48
4. COMENZAR Y ESPERAR	51
1. Vivir el hoy de Dios	52
2. Comenzar de nuevo cada día	52
3. Esperar y escrutar la plenitud	54
5. EL CUERPO Y EL CORAZÓN	55
1. El trabajo del cuerpo	56
2. Ascesis y humanidad	58
3. El lugar del corazón	60
6. VIOLENCIA Y GRACIA	63
1. Pasión y violencia del hombre	65

2. Violencia e ira	67
3. Sinergia	69
4. La plenitud procede de la gracia	70
7. RENUNCIA Y NEGLIGENCIA	73
1. Renunciar a todos los bienes	75
2. Dejarse robar	76
3. Abrazar la pobreza	77
4. Renunciar a sí mismo y a los propios dones	79
5. La muerte como renuncia extrema	80
6. Distracción y negligencia	81
8. ALEJAMIENTO Y DESINSTALACIÓN	83
1. Vivir como extranjeros	84
2. El engaño de marcharse a «otro lugar»	86
9. CELDA Y MUNDO	89
1. Cuida la celda y la celda te cuidará a ti	90
2. Vender la celda	91
10. SOLEDAD Y COMUNIÓN	93
1. Solo con el Solo	95
2. Los solitarios, ¿héroes o débiles?	96
3. El otro: prójimo y hermano	97
4. El otro: diferente y herético	98
5. Limosna hecha con alegría	100
6. La santa «koinonía»	101
7. La discusión	103
11. SILENCIO Y PALABRA	105
1. El beneficio del silencio	106
2. El silencio como refugio	107
3. Palabra, silencio y vida	108
12. AYUNAR Y DEVORAR	111
1. El ayuno, arma contra las pasiones	112
2. Las pasiones que el ayuno alimenta	113
3. El ayuno y el hermano	114
13. HOSPITALIDAD Y HONORES MUNDANOS	115
1. La hospitalidad prevalece sobre el ayuno	116

2. El engaño de los honores mundanos	118
3. Degeneración de la hospitalidad	119
14. ORACIÓN E HIPOCRESÍA	121
1. El mayor trabajo es la oración	123
2. Combatir con los salmos	124
3. El poder de la oración	125
4. La oración de intercesión	126
5. Hipocresía en la oración	127
15. EL TRABAJO Y SUS LÍMITES	131
1. El trabajo como gracia	132
2. Los límites del trabajo	135
16. OBEDIENCIA Y LIBERTAD	137
1. Obediencia por obediencia	139
2. Sumisión a toda criatura	141
3. Aceptar el desprecio	142
4. Obediencia y libertad	143
5. Jóvenes desobedientes	144
6. Paz interior y universal	146
17. COMPUNCIÓN Y ACEDIA	149
1. El don de la compunción	150
2. Acedia y tristeza	151
18. MENTIRA E INDULGENCIA	153
1. La mentira	154
2. Más mentiras: la soberbia y la propia voluntad	156
3. Otra «mentira»: la indulgencia con el otro	159
4. Esperar el tiempo del otro	160
19. PERDÓN DE LAS OFENSAS Y OLVIDO	165
1. La gracia del perdón	166
2. Olvidar el mal: el rencor	167
3. El mal del olvido y de la falta de memoria	169
20. DISCERNIMIENTO Y JUICIO AL OTRO	171
1. El discernimiento	172
2. ¡No juzguéis!	174
3. Discernir el propio pecado	178

21. NO DESPRECIAR, SINO CURAR	181
1. ¡No despreciéis!	182
2. Corregir para guiar	184
22. SANTOS Y PECADORES	187
1. Santos rostros amados	188
2. Ternura por los pecadores	190
3. Llevar la carga del otro	192
23. SABIDURÍA Y LOCURA	197
1. Palabras de sabiduría	198
2. Locura, plenitud de la sabiduría	200
24. LOS MONJES Y LOS DEMÁS	205
1. El camino monástico	206
2. Convertirse en monje	208
3. Otros caminos: hombres y mujeres del mundo	209
25. HUMILDAD Y MISERICORDIA	213
1. La humildad como aliento	215
2. ¿Qué es la humildad?	217
3. Debilidad invencible	218
4. Temer y amar a Dios	219
5. Amar al prójimo	220
6. La infinita misericordia de Dios	221
<i>Abreviaturas y referencias bibliográficas</i>	225
<i>Índice de dichos</i>	229